

- ¡ A la Bastilla! gritó Pitou.
 — A la Bastilla repitió la multitud.
 Y se dirigieron todos á la Bastilla.

CAPITULO XIII

¡El rey es tan bueno!... ¡La reina es tan buena!

Permitánnos ahora nuestros lectores que les pongamos al corriente de los principales acontecimientos políticos que acaecieron desde la época en que dejamos la corte de Francia en nuestra última publicación.

A los que conocen la historia de aquella época y á aquellos á quienes asusta la sencilla relacion de los hechos, les aconsejamos que dejen en claro este capítulo, pasando al siguiente que se enlaza con el anterior, pues lo que vamos á decir ahora, es únicamente para aquellos espíritus exigentes que quieren darse cuenta de todo.

Hacia ya uno ó dos años que cierto rumor extraño, nunca visto ni oído, que venia de lo pasado y se dirigia hácia el porvenir, se oía resonar en los aires como el ruido que precede á la tempestad.

Era la revolucion.

Voltaire se habia incorporado un instante antes de morir, y puesto de codos en el lecho de su agonía, vió lucir entre las tinieblas de la muerte en que iba á sepultarse aquella fulgurante aurora.

La revolucion, como el Cristo, que era su pensamiento, debia venir á juzgar á los vivos y á los muertos.

Cuando Ana de Austria subió á la regencia, dijo el cardenal de Retz, no se oía mas que una palabra en todos los lábios: ¡ *La reina es tan buena!*

Un dia Quesnoy, el médico de Mad. Pompadour, en cuya casa vivía, al ver entrar á Luis XV, sintió tanto respeto hácia el monarca, que se turbó y palideció.

- ¿Qué es lo que teneis? preguntó Mad. Hausset.
 — No sé, respondió Quesnoy; cada vez que veo al rey

digo para mis adentros: este hombre puede mandar que me corten la cabeza,

— ¡ Oh! no temais eso, respondió Mad. Hausset ¡ *El rey es tan bueno!*

Y pronunciando estas dos frases, *El rey es tan bueno, La reina es tan buena*, es como se ha hecho la revolucion francesa.

Cuando Luis XV murió, la Francia empezó á vivir. A un mismo tiempo se vió libre del rey, de Pompadour, de Dubarry, y del Parc-aux-Cerfs.

Los placeres de Luis XV costaron muy caros á la nacion; ellos solos costaron mas de tres millones cada año.

Afortunadamente, el sucesor era un rey jóven, moralista, filántropo, y casi filósofo; un rey que, como el *Emilio* de Juan Jacobo Rousseau, habia aprendido un oficio, ó por mejor decir, tres oficios.

Era cerrajero, relojero y constructor, todo al mismo tiempo.

Ello es, que asustado al ver el abismo á que se habia aproximado, empezó el rey á negar todas las gracias que se le pedian. Murmuráronlo los cortesanos, pero una cosa les tranquilizó; que no era él quien las negaba, sino Turgot, y que la reina no era reina todavía podia decirse; y por consiguiente no tenia toda la influencia que alcanzaria naturalmente con el tiempo.

Por fin, en 1777, alcanzó esta influencia que tanto se aguardaba; la reina tuvo un hijo; el rey que era ya tan buen rey y tan buen esposo, podia ya ser tan buen padre.

¿Cómo negar ya nada á la que le habia dado un heredero al trono?

Y no era solo esto; el rey ¡ era tambien tan buen hermano! Sabida es la anécdota de Beaumarchais sacrificado al conde de Provenza, y eso que el rey no tenia cariño al conde de Provenza porque era un pedante.

Pero en cambio queria mucho al conde de Artois, que era un modelo de chiste, de elegancia y nobleza cortesana.

Le queria tanto, que cuando negaba alguna gracia que le pedía su esposa, no tenia el conde de Artois mas que

unirse á la reina, y el rey ya no podía menos de concederla.

Tal es el reinado de los hombres de *buen genio*. Mr. Calonne, uno de los hombres de mejor genio que ha habido en el mundo, era interventor general del reino: él fué quien dijo á la reina:

— *Señora, si es posible, se hace inmediatamente: si es imposible se hará.*

Desde el día que corrió de boca en boca por los salones de París y Versalles esta admirable respuesta, el libro de cuentas, que se creía ya cerrado por mucho tiempo, se volvió á abrir de nuevo.

La reina compró la posesion de Saint-Cloud.

El rey compró la de Rambouillet.

Ya no fué el rey quien tenia favoritos, sino la reina. Mads. Diana y Julia de Polignac costaron tan caras á la Francia como la Pompadour y la Dubarry.

¡*La reina es tan buena!*

Se propuso el gobierno hacer una economía en los sueldos crecidos del Estado. La mayor parte de los empleados se convinieron. Pero un palaciego se negó á que le rebajasen el sueldo; era Mr. de Coigny. Un día encontró al rey en un corredor, y quiso detenerle al paso entre dos puertas. El rey se escapó, y aquella noche dijo riéndose:

— De veras, creo que si no hubiera cedido, Coigny me hubiera pegado.

¡*El rey es tan bueno!*

Ademas, la suerte de los reinos, depende la mayor parte de las veces de cualquier cosa insignificante; de la espuela de un caballero, por ejemplo.

Muere Luis XV. ¿Quién sucederá á Mr. de Aiguillon!

Luis XVI está de parte de Machaut. Machaut fué uno de los ministros que sostuvieron el trono, ya vacilante. *Madames*, es decir, las tías del rey, están de parte de Mr. de Maurepas. Mr. de Maurepas, era un hombre muy divertido y que sabía escribir versos muy lindos. En Pont-Chartrain escribió tres tomos que intituló sus memorias.

Todo esto es cosa de ¡*á quien corre mas!* ¿Quién llegará

antes? el rey y la reina á Aviñon ó *Madames* á Pont-Chartrain?

El rey es dueño absoluto del poder, y todas las probabilidades de la victoria están de su parte.

Se dá pues, prisa á escribir:

« Inmediatamente venid á Paris. Os aguardo. »

Mete la carta dentro de un sobre, y en el sobre escribe:

« Al señor conde de Machaut en Arnonville. »

En seguida llaman al caballero, le dan el pliego real y le ordenan partir ganando horas.

Ahora que ya ha partido el caballero, el rey puede escribir á *Madames*.

Madames, las mismas á quienes, como se ha visto en Bálamo, llamaba su padre Locque, Chiffe y Craille, están aguardando á que salga el caballero en la puerta opuesta á aquella por la que el caballero sale.

Como ya ha salido el caballero, *Madames* pueden entrar.

Y en efecto, entran, hablan al rey en favor de Maurepas; todo ello es cuestion de tiempo; el rey no quiere negar á *Madames* lo que le piden.

¡*El rey es tan bueno!*

Lo concederá cuando ya esté lejos el caballero y no puedan alcanzarle.

Lucha con *Madames* con los ojos fijos en el reloj; media hora le basta; el reloj no le engañará, porque es un reloj hecho por él mismo.

A los veinte minutos cede.

— Que alcancen al caballero, dice, y todo se arreglará.

Salen corriendo *Madames*: que monten á caballo; que revienten si es menester un caballo, dos, tres, diez caballos, pero que alcancen al caballero.

— Es inútil y no hay necesidad de reventar ni uno solo.

Al bajar por la escalera, el caballero ha tropezado en un escalon y se le ha roto una espuela. No hay medio de correr ganando horas, llevando una sola espuela.

Ademas, el caballero Abzac es el caballero mayor del

rey, y el que pasa revista á todos sus dependientes, y de hijo no dejará á ningun correo montar á caballo con una sola espuela, porque eso es cosa que no hace honor á la real caballeriza.

El caballerizo no tiene, pues, mas remedio que calzarse las dos espuelas.

Resulta de todo esto, que en vez de alcanzar al caballerizo en el camino de Arnonville, ganando horas, le alcanzaron en el patio de palacio.

Ya está montado y va á echar á escape inmediatamente; no podrá decirse que no ha andado lijero.

Madames piden la carta; la abren, dejan el pliego de dentro, que puede servir lo mismo para uno que para otro, y en vez de; *A Mr. el conde de Machaut en Arnonville*, *Madames* escriben en otro sobre: *A Mr. el conde de Maurepas en Pont-Chartrain*.

El honor de la caballeriza real se ha salvado, pero se ha perdido la monarquía.

Con Maurepas y Calonne, todo caminaba á las mil maravillas; el uno contaba y el otro pagaba. Al lado de los cortesanos estaban los contratistas del Estado, que hacian tambien su negocio.

Luis XIV empezó su reinado mandando ahorcar á dos contratistas del Estado por consejo de Colbert, y al poco tiempo se prendó de La-Valliere, y mandó edificar á Versalles para que fuese la morada de su manceba.

La-Valliere no le costaba nada.

Pero Versalles le costaba mucho.

Despues, en 1685, bajo el pretexto de que eran protestantes, fueron arrojados de Francia un millon de hombres industriosos.

En 1707, todavia en el reinado del gran rey, decia Boisgaultbert hablando de 1698:

« Esto sucedia en aquel tiempo; entónces habia aun aceite en la lámpara. Hoy todo se ha estinguido por falta de alimento. »

¿Qué se diria, Dios mio, ochenta años despues, cuando las Dubar, y los Polignac fueron dueños del poder?

Antes el pueblo tuvo que sudar agua, y ahora sangre... ¡no hay mas diferencia!

¡Y todo esto bajo apariencias tan encantadoras!

Antes, es cierto, los contratistas eran crueles, brutales é impasibles como las puertas de los calabozos en que arrojaban á sus víctimas.

Ahora, ahora son filántropos: con una mano despojan al pueblo, es verdad, pero con la otra le edifican hospitales.

Un amigo mio, gran hacendista, me ha asegurado que de ciento veinte millones que producía el impuesto, los contratistas se guardaban setenta en sus bolsillos.

Así fué que en una reunion donde se pedían los estados particulares de los gastos, dijo un consejero, jugando del vocablo:

— No son los *estados particulares* lo que necesitamos, sino los *estados generales*.

Cayó esta chispa sobre la pólvora, la pólvora se inflamó y resultó un incendio.

Todos repitieron las palabras del consejero, y los estados generales fueron convocados á gritos.

El gobierno fijó para la apertura de los estados generales el 1.º de mayo de 1789.

El 24 de agosto de 1788 se retiró del gobierno Mr. de Brienne, que habia sabido manejar la hacienda con singular destreza.

Pero al menos, al retirarse, supo dar un buen consejo: que volviesen á llamar á Necker.

Necker volvió, pues, á entrar en el ministerio, y se restituyó la confianza.

Sin embargo, en toda la Francia se seguía agitando la gran cuestion de los tres estados ó brazos del pueblo.

Sieyes acababa de publicar su famoso folleto sobre el estado llano (*le Tiers*).

Se decidió que la representacion del estado llano fuese igual á la del clero y la nobleza.

Se volvió á reunir la asamblea de los *Notables*.

Esta asamblea duró treinta y dos días, esto es, desde el 6 de noviembre hasta el 8 de diciembre de 1788.

Entonces se vió claramente que Dios tomaba parte en los asuntos de Francia. Cuando no basta el látigo de los reyes, silba en los aires el látigo de Dios y hace andar á los pueblos.

Llegó el invierno en compañía del hambre.

El hambre y el frío abrieron las puertas al año de 1789.

París se llenó de tropas y las calles de patrullas.

Dos ó tres veces se vió á los soldados cargar sus fusiles ante la multitud que se moría de hambre.

Y despues de cargarlos, cuando era preciso dispararlos, no los disparaban.

El 26 de abril por la mañana, cinco dias antes de la apertura de los estados generales, corria de Loea en boca un nombre entre la multitud.

Sobre este nombre llovian las maldiciones de todos, tanto mas rencorosas, cuanto que era el de un obrero que se habia enriquecido.

Segun se aseguraba, Reveillon, el director de la famosa fábrica de papel del barrio de San Antonio, habia dicho que era preciso rebajar á quince sueldos los jornales de los obreros.

Esto era cierto.

Se añadia que el gobierno iba á condecorarle con el cordon de la órden de San Miguel.

Esto era mentira.

Siempre corre alguna noticia falsa en los tumultos populares, y es cosa de notar que suele ser por esta noticia falsa por lo que empiezan los motines, toman cuerpo y se convierten en revoluciones.

La multitud fabricó un muñeco, le bautizó con el nombre de REVEILLON, le condecoró con el cordon negro, fué á pegarle fuego á la puerta misma de la casa de Reveillon, y se dirigió en seguida hácia la plaza del Hotel de Ville á acabar de quemarle, á vista, ciencia y paciencia de las autoridades municipales.

La impunidad dió alas á la multitud, y despues de haber quemado á Reveillon en efígie, resolvieron quemarle al dia siguiente en carne y hueso.

Era un desafío en toda regla, dirigido contra el gobierno.

El gobierno mandó treinta guardias franceses; ni aun fué el gobierno quien los mandó tampoco, sino el coronel Mr. de Biron.

Los treinta guardias franceses fueron testigos de un gran duelo que no pudieron impedir. Vieron saquear la fábrica, arrojar los muebles por las ventanas y romperlo y quemarlo todo.

En medio de este tumulto, fueron robados quinientos luises en oro.

Se bebieron el vino de la bodega, y cuando se acabó el vino, se bebieron los colores de pintura que habia en la fábrica, creyendo que eran vino.

Todo el dia 27 duró esta algazara.

En socorro de los treinta hombres acudieron algunas compañías de guardias franceses, que primero dispararon sus fusiles con pólvora sola, y despues con bala. Por la noche llegaron tambien los suizos de Mr. de Bezenval.

Los suizos no son escrupulosos cuando hay revolucion.

Asi fué que se olvidaron de sacar las balas de los cartuchos, y como los suizos son tan buenos cazadores, dejaron tendidos en el suelo á mas de veinte.

La mayor parte tenian en sus bolsillos los luises que les habian tocado en el saqueo de la fábrica, los cuales desde el cajon de la mesa del secretario Reveillon pasaron al bolsillo de los sitiadores, y del de estos al de los suizos.

El rey, ni les dió por esto las gracias, ni les reprendió.

Mas el rey reprende cuando no da las gracias.

El parlamento instruyó sobre ello una sumaria.

El rey mandó que se sobreyera.

¡ El rey era tan bueno !

¿Quién habia sido el que habia incitado al pueblo á la rebelion? Nadie supo decirlo.

¿No se suele ver á menudo, con los grandes calores del estio, levantarse incendios sin que nadie aplique la mecha ?

Se acusó, pues, al duque de Orleans.

Aunque la acusacion era absurda, cayó sobre su cabeza.

El 29 París estaba enteramente tranquilo, ó al menos lo parecia estar.

Llegó el 4 de mayo: el rey y la reina asistieron con toda la corte á Nuestra Señora á oír cantar el *Veni creator spiritus*.

Gritaron mucho ¡viva el rey! y mas ¡viva la reina!
¡La reina era tan buena!

Este fué el último dia de paz.

Al dia siguiente no se gritaba ya tanto ¡viva el rey! y se gritaba un poco mas ¡viva el duque de Orleans!

Esta aclamacion disgustó mucho á la reina, pobre muger, la que detestaba al duque hasta el punto de decir que era un cobarde.

¡Cómo si alguna vez hubiera habido un cobarde en la familia de los Orleans, desde *Monsieur*, que ganó la batalla de Cassel, hasta el duque de Chartres que contribuyó á ganar las de Jemmapes y de Valmy!

La pobre muger estuvo á punto de desmayarse; la sostuvieron los que estaban á su lado cuando inclinó la cabeza. Madame Campan refiere esta escena en sus *Memoorias*.

Pero aquella cabeza inclinada se volvió á alzar altanera y desdeñosa. Los que tuvieron ocasion de ver entónces la espresion de aquella cabeza, se vieron ya libres para siempre de poder decir: ¡La reina es tan buena!

Existen tres retratos de la reina; uno pintado en 1776, otro en 1784 y el otro en 1788.

Todos tres los he visto. Podeis verlos si quereis: los tres retratos se hallan en Versalles.

Si alguna vez se ponen juntos estos tres retratos en una sola galería, se podrá leer en ellos la historia de María Antonieta.

Aquella reunion de los tres estados que debia ser un abrazo de paz, fué una declaracion de guerra.

— ¡Tres estados! dijo Sieyes: ¡no, tres naciones!

El 5 de mayo, vispera de la misa del Espíritu Santo, el rey recibió á los diputados en su palacio de Versalles.

Algunos le aconsejaron que sustituyese el trato cordial á la etiqueta.

El rey no quiso oír nada de lo que se le aconsejaba.

Recibió primero al clero, en seguida á la nobleza, y últimamente al estado llano.

Los representantes del estado llano habian estado aguardando largo rato.

En las antiguas asambleas, los representantes del estado llano hablaban hincados de rodillas.

No hubo entónces medio de hacer arrodillar al presidente del estado llano.

Se resolvió pues, que no hablase.

En la sesion del 5, el rey se puso el sombrero.

Los nobles se cubrieron tambien.

Los del estado llano quisieron tambien cubrirse, pero el rey se descubrió entónces; quiso mejor estar con el sombrero en la mano, que ver cubiertos en su presencia á los del estado llano.

El miércoles 10 de junio, Sieyes entró en la Asamblea y vió que solamente concurrían los del estado llano.

El clero y la nobleza se reunian en otra parte.

— Quememos las naves, dijo Sieyes; ya es tiempo.

Y propuso que se intimase al clero y á la nobleza á que compareciesen para dentro de una hora.

— Si no lo hacen, se tomará nota de los ausentes.

Un ejército aleman y suizo rodeaba á Versalles: una bateria de cañon estaba apuntando hácia la Asamblea.

Nada de esto vió Sieyes. Lo único que vió fué que el pueblo tenia hambre.

— Pero el estado llano, dijeron á Sieyes, no puede por sí solo formar los estados generales.

— Tanto mejor, respondió Sieyes; formará la Asamblea nacional.

Los ausentes no se presentaron; fué aprobada la proposicion de Sieyes; el estado llano, por mayoría de 400 votos, se empezó á llamar LA ASAMBLEA NACIONAL.

El 19 de junio ordenó el rey que fuese cerrado el palacio donde se reunía la Asamblea nacional.

Pero el rey, para dar semejante golpe de Estado, tenía necesidad de un pretexto.

El palacio fué cerrado con el objeto de hacer los preparativos para una sesión real que debía verificarse el lunes.

El 20 de junio á las siete de la mañana, supo el presidente de la Asamblea nacional que aquel día no podrían reunirse.

A las ocho llegó á la puerta de la Asamblea acompañado de gran número de diputados.

Las puertas estaban cerradas y guardadas por centinelas.

Llovía á mares.

Al principio quisieron forzar las puertas.

Pero los centinelas sabían bien su consigna y presentaron sus bayonetas.

Uno propuso que se reuniesen en la plaza de Armas.

Otro dijo que en Marly.

Guillotín propuso que se reuniesen en el Juego de pelota.

¡ Guillotín!

Cosa estraña que fuera el que propuso el *Juego de pelota*, un hombre que tenía por apellido Guillotín, y que añadiéndose una E, llegó á ser tan célebre cuatro años después.

Aquel juego de pelota ruinoso y abierto á los cuatro vientos, era el pesebre donde nacía la hermana del Cristo; ¡ la cuna de la revolución!

Pero el Cristo era hijo de una muger virgen.

Y la revolución era hija de una nación violada.

¡ A esta gran demostración respondió el rey con la palabra real *velo!*

Mr. de Breze fué enviado á los rebeldes para ordenarles que se dispersasen.

— Nosotros estamos aquí por la voluntad del pueblo, dijo Mirabeau, y no saldremos de aquí sino con las bayonetas clavadas en el vientre!

Y no como se ha dicho : *sino por la fuerza de las bayonetas*. Porque siempre detrás de un gran hombre suele haber un retoriquillo que estropea las palabras, so pretexto de mejorarlas.

— ¿ Por qué este retórico está detrás de Mirabeau en el Juego de pelota?

¿ Detrás de Cambronne en Waterloo?

Llevaron la respuesta al rey.

Al oírlo, se quedó pensativo y se puso á pasear á lo largo de la sala con el aspecto de un hombre enojado.

— ¿ No quieren irse, eh? dijo al cabo de un rato.

— No, señor.

— ¡ Pues bien! entónces... dejadlos estar.

Como se ve, la monarquía se doblegaba bajo la mano del pueblo.

Desde el 23 de junio hasta el 12 de julio, todo siguió tranquilo; pero con esa tranquilidad pesada y sofocante que precede á las tempestades.

Era la tregua de una pesadilla.

El 11, el rey, asediado por la reina, el conde de Artois, Polignac y toda la camarilla de Versalles, tomó al cabo una resolución: volvió á llamar á Necker. El 12 llegó esta noticia á París.

Ya se ha visto el efecto que produjo. Aquella noche fué cuando llegó Billot á París y presencié el incendio de las trincheras.

El 13 por la noche París se defendía: el 14 por la mañana estaba ya dispuesto á atacar.

El 14 por la mañana gritaba Billot: ¡ *A la Bastilla!* y tres mil hombres detrás de Billot repetían el mismo grito, que debía ser después el de toda la población de París.

Existía entónces un monumento que hacía cerca de tres siglos pesaba sobre la frente de la Francia como la roca infernal sobre los hombros de Sisifo.

Solo que menos confiada la Francia en sus fuerzas que el Titan en las suyas, jamás había intentado separarle de sí.

Aquel monumento, sello del feudalismo impreso en la frente de París, era la Bastilla.

El rey era tan bueno, como decia Mad. de Hausset, que no queria mandar ahorcar á nadie.

• No hacia mas que meter en la Bastilla.

El que entraba en la Bastilla por órden del rey, era como si estoviese ya olvidado, muerto, enterrado, aniquilado.

Alli se quedaba hasta que el rey se acordase de él, y como los reyes tienen siempre tantas cosas nuevas en que pensar, no se pueden acordar fácilmente de las cosas ya pasadas.

Ademas, no habia en Francia una sola Bastilla: habia mas de veinte bastillas que se llamaban el Fuerte del Obispo, San Lázaro, el Rosario, la Consergería, Vincennes, el castillo de la Roche, el de If, las islas de Santa Margarita y de Pignerolles, etc., etc.

Pero la fortaleza de la puerta de San Antonio se llamaba la Bastilla por antonomasia, como Roma se llamaba la ciudad.

Era la *Bastilla* por excelencia. Valia por sí sola mas que todas las demas.

Durante mas de un siglo, el gobierno de la Bastilla habia recaido en una sola familia.

El primero de esta familia de elegidos que gobernó en la Bastilla, fué Mr. de Chateaufeuf. Su hijo Lavrilliere, fué el que le sucedió. Y por último, á su hijo sucedió su nieto Saint-Florentin. La dinastía se habia estinguido en 1777.

Durante este triple reinado, que se efectuó en su mayor parte bajo el de Luis XV, no puede decirse con guarismos la cantidad de órdenes de prision que fueron firmadas y espellidas. Saint-Florentin solo firmó mas de cincuenta mil.

No habia en el mundo renta mejor que el producto de estas órdenes de prision.

Se vendian á los padres que querian verse libres de sus hijos.

Se vendian á las mugeres que querian deshacerse de sus maridos.

Cuanto mas lindas eran estas mugeres, mas baratas valian las órdenes de prision.

Solo que habia entónces entre ellas y el ministro un cambio de mútua cortesía; nada mas que esto.

Desde la muerte de Luis XIV, todas las prisiones del Estado, y principalmente la Bastilla, estaban en poder de los jesuitas.

Los principales que habia entre los prisioneros, eran: Máscara de Hierro, Lauzun y Latude.

Los jesuitas eran los confesores; confesaban á los prisioneros para mayor seguridad.

Para mayor seguridad tambien, los prisioneros que se morian eran enterrados con nombres supuestos.

Se sabe que Máscara de Hierro fué enterrado bajo el nombre de Marchialy.

Habia pasado cuarenta y cinco años en un calabozo.

Lauzun pasó catorce, Latude treinta.

Pero es verdad que Máscara de Hierro y Lauzun habian cometido grandes crímenes.

Máscara de Hierro, hermano ó no de Luis XIV, dicen que se parecia tanto al rey, que era muy fácil equivocarlos.

Es una gran imprudencia tener la audacia de parecerse á un rey.

Lauzun habia intentado casarse y aun se habia casado con la sobrina del rey.

Es otra gran imprudencia tener la audacia de casarse con la sobrina de un rey.

Pero el pobre diablo de Latude, ¿que fué lo que hizo?

Habia tenido la audacia de enamorarse de la señorita Poisson, doncella de Pompadour, que era querida del rey.

Habia hecho mas; le habia escrito un billete.

Mad. de Pompadour entregó á M. de Sartines el billete, que una muger honrada hubiera sin duda devuelto al que lo habia escrito.

Y Latude fué preso, se escapó, le volvieron á coger, y pasó treinta años en los calabozos de la Bastilla, de Vincennes y de Bicetre.

Por esto era por lo que tenia tanto horror á la Bastilla. El pueblo se horrorizaba de ella como de una de esas ta-

rascas gigantescas, uno de esos animales de Gevodan, que se comen despiadadamente á los hombres.

Fácil es, pues, ahora comprender el dolor que sentiría el pobre Sebastian Gilberto cuando supo que su padre estaba preso en la Bastilla.

Fácil es también de comprender la convicción que abrigaba Billot, de que el doctor no saldría de la prisión si no se le sacaba de ella á viva fuerza.

Y fácil es también de comprender el frenético ímpetu del pueblo cuando Billot gritó: *¡ A la Bastilla !*

Verdad es que era un proyecto descabellado, como lo habían dicho los guardias franceses, intentar tomar la Bastilla.

La Bastilla tenía víveres en abundancia, una guarnición completa y artillería para defenderse.

Tenía además paredes de quince pies de ancho y cuarenta de alto.

Y por último, tenía un gobernador que se llamaba Mr. de Launay, que había hecho llenar de pólvora las cuevas de la fortaleza, y había jurado, en el caso de no poderse defender, volar la Bastilla y la mitad del barrio de San Antonio.

CAPITULO XIV

Los tres poderes de la Francia.

Billot marchaba á la cabeza de la multitud, que entusiasmada con su aire marcial, y comentando sus palabras y acciones, le seguía engruesándose cada vez más como las olas de la alta marea.

Detrás de Billot, cuando llegaron á la calzada de San Miguel, había ya más de tres mil hombres, armados de cuchillos, hachas, picas y fusiles.

Todos iban gritando; *¡ A la Bastilla ! ¡ A la Bastilla !*

Billot se reconcentró un instante en sí mismo. Se hizo todas las reflexiones que hemos indicado al final del capítulo anterior, y poco á poco se deshizo todo el sueño que se había forjado en su imaginación.

Entonces vió claramente lo que quería intentar.

El proyecto era sublime, pero descabellado: fácilmente se podía comprender esto con solo mirar los semblantes azorados é irónicos de cuantos oían al paso el grito de *¡ A la Bastilla !*

Pero no sirvió todo esto sino para aferrarle en su determinación.

Se persuadió, sin embargo, de que él era responsable para con las madres, esposas é hijos de las vidas de todos aquellos hombres que le seguían, por lo que quiso tomar antes todas las precauciones posibles.

Billot guió á toda su gente á la plaza del Hotel de Ville.

Cuando llegaron allí nombró un lugar teniente y oficiales para poner en orden su ejército.

— Veamos, dijo para sí Billot; ¿cuántos poderes hay en Francia? Hay uno... No, hay dos... Tampoco, hay tres. No sé; consultemos sobre el particular.

Y entró al Hotel de Ville preguntando cuál era el jefe de la municipalidad.

Le respondieron que Mr. de Flesselles.

— ¡ Ah ! ¡ ah ! exclamó poco satisfecho al parecer; Mr. de Flesselles, un noble, es decir; un enemigo del pueblo.

— No, no, le respondieron; es un hombre de talento.

Billot subió la escalera del Hotel de Ville.

En la antecámara encontró un uquier.

— Quiero hablar con Mr. de Flesselles, dijo Billot, viendo que el uquier se acercaba á preguntarle qué quería.

— ¡ Es imposible ! respondió el uquier; está muy ocupado haciendo una lista para la milicia del pueblo que se está organizando en este momento.

— Perfectamente, dijo Billot; yo también estoy organizando una milicia, y como ya tengo tres mil hombres regimentados, vengo á ver á Mr. de Flesselles, que no tiene todavía dispuesto un solo soldado.

En efecto, el uquier había dirigido una mirada á la calle, y había visto la gente que traía Billot. Se apresuró, pues, á avisar á Mr. de Flesselles, al cual enseñó, como recomendación eficaz, los tres mil hombres de Billot.